

ORACION FÚNEBRE

pronunciada por el presbítero

Dr. D. Rafael de Sierra y Ramirez,

Canónigo de la Sta. Iglesia Catedral y Rector del Seminario Conciliar de S. Pelagio, el día 4 de Junio de 1869, en las solemnes honras que el pueblo cordobés consagró en la Iglesia de la suprimida Colegiata de S. Hipólito á los restos de su ilustre compatriota el sapientísimo maestro

AMBROSIO DE MORALES,

con ocasion de ser trasladados por decreto del Poder ejecutivo al panteon nacional que ha de inaugurarse en Madrid



CÓRDOBA.

IMPRESA DEL DIARIO DE CORDOBA,
San Fernando, 34.

1869.

Al Excmo. Sr. D. José Ramon de Hoces
y Canales, Duque de Hornachuelos, Mar-
qués de Santa Cruz de Paniagua, Grande
de España y Gobernador civil de esta Pro-
vincia, &c. &c. &c.

En testimonio de consideracion y profundo afecto;

El autor.

*Cibavit panem vitæ et intellectus, et
aquam sapientiæ salutaris potavit illum,
in illo confortabitur et non flectetur.*
—Eclesiast. cap. 15.º v. 3.º

Nutrió su espíritu con el verdadero pan de la vida y de la inteligencia, y en los dulcísimos y saludables raudales de la sabiduría increada apagó su ardiente sed, en ellos se confortó y jamas se contradijo.—*Eclesiast. cap. 15.º v. 3.*

Excmo. é Illmo. Sr.

Sr. Excmo.

Católicos Cordobeses.

¿Dónde hallar un espectáculo mas bello, y que mas pueda decir á nuestros corazones, ávidos siempre de expansion y sentimiento, que el que hoy se evidencia, conmovedor cual ninguno, á nuestra atónita mirada en este augusto recinto? Un pueblo siempre creyente, siempre noble y amante de la verdadera gloria, representado por todo lo mas grande, magnífico y egrégio que en su seno ate-

sora en orden á la inteligencia, el rango y la distincion, viene unánime y presuroso, impulsado por una de las emociones mas sentidas del alma, á deponer ante esa pequeña urna cineraria, símbolo para él de su tradicional renombre, el postrer homenaje de su mas entusiasta admiracion. Afianzada sólidamente en su enaltecido espíritu la idea religiosa, esa idea típica, madre y raiz de todas las grandes ideas que alientan al género humano en su afanosa marcha hácia la perfeccion final que incesante ansía, y jamás podrá conseguir en el tiempo, á ella y solamente á ella como cristiano y católico viene á pedir sus inspiraciones en este dia, al consagrar el último de los obsequios que tributarle le es dado, á uno de sus mas ilustres hijos que tanto lo engrandecieron.

Y nada mas natural, nada mas lógico, hermanos míos, puesto que á la verdad, ¿dónde si nó á la sombra bienhadada de la hermosa religion de nuestros mayores, faro protector de nuestra existencia, mientras que envueltos en las mas desechas tempestades surcamos el proceloso mar de las pasiones, puede hallar el hombre un refugio mas seguro para esplayar sus afectos? ¿Quién como ella puede alentar mejor el vuelo de su inteligencia, siempre que rauda se eleva á la serena region de lo infinito morada de Dios? ¿Quién como ella, en fin, podrá elevarlo mas, merced á su poderoso auxilio, sobre el nivel constantemente fijo de su limitadísima condicion? ¡Oh, nadie ciertamente! Un pueblo de ateos, si existir pudiera, solo seria realmente un pueblo de 'desgraciados, que ciegos buscarian sin encontrarla jamás una ventura imposi-

sible dentro del confin de la materia; pero un pueblo religioso, un pueblo cristiano y que en sus creencias vincula su dicha, es un pueblo feliz y amante por necesidad de la grandeza y de la gloria. Arbitro supremo de los destinos humanos, el Altísimo, nunca hace descender de las alturas eternas en que su sólio de esplendor se asienta en medio del concierto de los mundos, que humildes obedecen su voz y sirven de escabel á su planta prepotente, el raudal de las divinas enseñanzas, sino sobre aquellas sociedades que en su amor se inspiran, y en la práctica de su amorosa ley cifran sus esperanzas. No hay porvenir, no hay prestigio, no hay libertad ni grandeza posible para un pueblo descreído; su vida es una vida precaria y turbulenta, y su muerte, su aniquilamiento y su ruina, que poco tarda siempre en venir, es en realidad un castigo tan providencial como terrible.

¿Y no es esta acaso una verdad inconcusa, hermanos míos, que la historia misma, ese testigo ineluctable de los tiempos, como asegura el Orador romano, nos ha evidenciado cien y cien veces? ¡Ah! sí, y bien penetrados de ella os veo hoy como siempre á vosotros. Si, hoy como siempre, en esta ocasión solemnísima como en todas, Córdoba, mi Córdoba querida, la hermosa y dulce pátria que embebecido idolatro, el emporio constante de la fé cristiana, la ciudad de los mártires y los poetas, cuna privilegiada de tantos héroes y que ningun pueblo por último habitó á su vez sin adorarla, al desprenderse en aras del patriotismo de ese sarcófago precioso, último depósito de las venerandas cenizas de un génio eminentemente cristiano, que

por espacio de tres centurias guardó cuidadosa en memoria del gran corazón que entre ellas alentá-
ra un día; no ha vacilado en aseverar mas y mas su fé, que tan notoria es al mundo, consagrando al sábio cordobés que tanto la engrandeció con sus luces y como ofrenda la mas sentida de su amor, estos solemnes y fúnebres obsequios, que solo el catolicismo, centro de tantas armonias, sabe tributar á los manes de los que en su seno vivieron para conseguir la inmortalidad.

Y ¡cuán digno no es por otra parte de ellos nuestro esclarecido compatriota! ¡cuán acreedor no se hizo por sus virtudes el sapientísimo Morales de la memoria de la posteridad! ¡Quién mas sabio que él en un siglo de tan inmensa sabiduria! ¡quién mas creyente que él en una época de tan acendrada creencia! Prodigio de saber, luz de las escuelas, y docto por excelencia le apedillaban sus contemporáneos admirados; y sin embargo, los fúlgidos destellos de su doctrina, que aclamaban unánimes monarcas y pueblos, jamás pudo eclipsar ni un solo instante el resplandor brillante de sus cristianas virtudes. Su ciencia, acrisolada por la fé, solo estaba sustentada, conforme al oráculo de la eternal sabiduria, en la inquebrantable base del temor divino; y por eso, y solo por eso, lució siempre radiante y tan pura como su corazón; pues nadie, nadie como él supo realizar mejor el ideal del verdadero sábio en la tierra, mientras que durante el trascurso de su larga y provechosa vida, consagrada toda al bien de sus semejantes, solo aspiraba, desentendiéndose de los aplausos mundanos tan efimeros y fugaces como el liviano viento que los

concita, á la salvacion de su alma, único y privilegiado objeto de todas sus fatigas, término final y constante de todas sus esperanzas.

Demostrar ahora bien este hecho tan evidente, hermanos míos, merced á la narracion, siquier somera, de la admirable existencia de nuestro héroe, que tantos y tan profundos aleccionamientos entraña para la ciencia descreida de nuestro siglo, que ufana se desvanece en su insensato orgullo hasta el punto de blasfemar de sí misma al proclamarse omnipotente para resolverlo todo, es lo que desde luego me propongo y conseguir espero en la presente oracion, si ese Dios de bondad y misericordia, cuyos auxilios imploro conmovido, se dignase escudar mi insuficiencia y pequeñez con los inefables dones de la gracia.

Ayudadme, pues, vosotros á impetrarlos, y apelemos para ello á la poderosa intercesion de la encantadora Reina de los Angeles, delicia de los cielos y alegría de nuestras almas, y que Madre amorosa de sus creyentes hijos no tiene mayor complacencia que cuando benigna le es dado deferir á sus súplicas y plegarias, si le piden con el corazon.

AVE-MARIA.

Ut supra.

Ningun amor mas puro, ninguno mas universal y sublime que aquel que sintetizando ó resumiendo en sí todos los afectos mas profundos del alma, se esplaya por do quier en manifestaciones siempre espléndidas y magníficas, y se apellida amor de la pátria. El amor de la pátria es á los pueblos

lo que el amor de la vida á los hombres aislados. Cuando este dulce sentimiento alienta al corazón humano, el hombre se multiplica, se crece y excede á sí mismo. Las mas grandes acciones, las mas heróicas empresas y los mas trascendentales resultados, que lo mismo las naciones que los individuos han conseguido realizar en orden al bien y la perfeccion, de él, hermanos míos, han procedido, y si de él partimos en fin para promover el bienestar y la dicha de nuestros semejantes, de todo somos capaces. Registrad, si, recorred si os place la Historia de todos los tiempos, y vereis si es cierto é incontestable este principio. Despues del amor de Dios, fuente y origen de todas las perfecciones, en el amor purísimo y sacrosanto de la pátria buscaron siempre los bienhechores de la humanidad el móvil de su admirable heroismo. El capitán esforzado que luchando por la independencia y el renombre de su pueblo, dejó alfombrada de victorias la huella de su paso; el soldado desconocido y oscuro que generoso vertió su sangre por él en el ardor de la batalla; el sábio que por su ventura consagró sus vigilias á la investigacion de la verdad, igualmente que el sacerdote que en las calamidades é infortunios de la nacion, lo mismo que en sus prosperidades y triunfos, eleva sus preces al Hacedor; todos, todos se apoyan y sustentan su resolucion en los instantes supremos en este sentimiento sin par. Si, todos se apoyan en él, y en él por lo tanto se inspiró tambien nuestro héroe.

Con efecto, procedente el Maestro Ambrosio de Morales de una familia ilustre ya por sus servicios

á la ciencia, y en la que el saber era como hereditario, no bien se abrieron sus ojos á la luz de la razon, cuando desde luego dió las mas relevantes muestras de los singulares dotes y talentos con que el cielo se habia complacido en exornar su rica y privilegiada inteligencia. Fiada su iniciacion en los espinosos y dificiles senderos del saber á los cuidados y desvelos de otro cordobés tambien ilustre, cual lo era su sábio y célebre tio el Doctor Fernan Perez de la Oliva, benemérito insigne de las letras castellanas, bien pronto los mas sazonados y ópimos frutos de una educacion ejemplar vinieron á coronar sus esfuerzos. Notorio ya su mérito para su pátria, que complacida miraba en él con razon una de sus mas bellas y legítimas esperanzas de gloria para el porvenir, ufana le prodigó desde luego sus encomios y alabanzas; pero no podian ellas satisfacer un alma tan enérgica y ardiente como la suya, y á la que una enseñanza religiosa, perfectamente cimentada, habia hecho gustar en todo su mérito y valía las dulzuras inefables de las contemplaciones divinas. Quiso pues, huir por lo tanto del mundo y refugiarse en la tranquila soledad del cláustro, como medio de unirse mas y mas íntimamente con su Dios, para solazarse con su adoracion y sus favores; y el magnífico Monasterio de San Gerónimo de Valparaiso, cuyas suntuosas ruinas, que el genio de las artes contempla entristecido, aun existen todavia no á muy larga distancia de nuestros muros, y en uno de los parages mas agrestes y pintorescos de la vecina sierra, lo vió á poco en su seno entregado á la práctica de los mas penitentes ejercicios, sin abandonar por

ello el cultivo de las letras, delicia de su corazón. Ya por este tiempo se había hecho pública por todas partes la fama de sus vastos conocimientos en las lenguas llamadas sábias, de las cuales trasladó y nos dejó vertida en nuestra hermosa lengua algunas de las mas notables creaciones del génio de la antigüedad; y no trascurrió mucho tampoco sin que ordenado á su vez de Sacerdote, como clérigo regular, y despues de haber abandonado á su pesar el cláustro monástico, le viera la España entera regentar con alabanza unánime la cátedra de Retórica y Humanidades de la Universidad de Alcalá, donde también emprendió la redaccion de aquellas obras inmortales que tanto nombre le dieron.

Una pléyade brillantísima de discípulos, cuyos nombres constituyen la aureola científica de España en el siglo XVI, patentizaron por toda la Europa la verdad del justo y envidiable renombre que gozaba, y que hizo fijar en él la mirada escrutadora del segundo de los Felipes, que á su corte le atrajo para poner en sus manos la enseñanza del malogrado vencedor de Lepanto, mientras que dándole el señalado título de su historiógrafo ó cronista fiaba á su profundo saber la árdua y difícilísima empresa de ilustrar las antigüedades pátrias, en tanto que continuaba la empezada obra de Ocampo, y reunia, ilustrándolos con sana crítica en un solo cuerpo de doctrina los esparcidos fragmentos de la Historia nacional. Alentado entonces por el afán de responder cumplidamente á la confianza de su país, no desmayó un instante en sus tareas, y puesta su confianza en Dios emprendió aquellos viages de exploracion científica que tanto

bien reportaron á sus sucesores, y la série no interrumpida de trabajos que inmortalizan su fama; hasta que una vez apagado el rayo vital de su incomparable existencia, lanzó su postrimer suspiro en toda la plenitud de sus facultades y con la calma y serenidad de los justos, en Córdoba su pátria que aun lo llora, el 21 de Setiembre de 1589, á los 76 años de su edad.

Tal fué, hermanos míos, el Maestro Ambrosio de Morales; tal fué el varon esclarecido, honra y prez de nuestro suelo, á quien á tributar venimos por última vez estos fúnebres obsequios. Su incomparable vida, que tan tosca y desaliñadamente os acabo de resumir, no se hace notar verdaderamente por ninguno de esos brillantes rasgos que la humanidad admira en la agitada existencia de otros héroes que han llenado el universo con el rumor de sus hazañas, y con una grandeza acaso disputable; no, es simplemente la modestísima vida de un sábio laborioso y constante, y que embebecido en el amor de su Dios, de su religion y de su pátria, solo procuró promover por cuantos medios estuvieron á su alcance la ilustracion, el bienestar y la dicha de sus semejantes. En sus admirables obras, á las que el olvido y el tiempo, esos dos grandes poderes que tantas reputaciones usurpadas y gratuitas han destruido, no han osado vulnerar, luce y resplandece como cualidad distintiva, la condicion y el carácter esencial de todos sus actos, la bondad; y siendo como son tan bellas y magníficas como su génio, son asimismo tan sencillas y tan puras como su alma. Morales era un gran talento y un gran corazon, y por eso la poste-

ridad, siempre severa, justa é imparcial en sus fallos, le ha concedido un lugar preeminente entre los mas grandes hombres de que la España Cristiana y Católica se gloriará mientras exista. No se apartó de los senderos del Señor y fué justo; aprovechó los privilegiados dones que del cielo recibiera y fué sábio; porque la verdad, hermanos míos, solo reside en Dios como en su propio centro, y cuando de él se aparta la razon en sus lamentables estravios solo puede hallar en su camino la decadencia y la muerte.

He concluido, hermanos míos, y á fin de no molestaros demasiado seré sumamente breve en lo que aun me resta por decir. Llamado, aun cuando el menos idóneo de todos para ello, á interpretar desde esta sagrada Cátedra el sentimiento unánime de admiracion y respeto que á todos nos reúne hoy ante esos venerandos restos, emblema de una de las mas legítimas glorias de nuestro suelo, inmenso será mi sentimiento si no me ha sido dado alcanzar el límite de vuestras esperanzas. Nada soy, nada puedo, nada valgo; pero fiado en vuestra indulgente atencion, y amante entusiasta de todo lo que es cordobés, no podia vacilar un instante en aceptar la mision que tan pobrememente he llenado: dignaos, pues, escudarme con vuestra benevolencia.

Pero, ¿deberé terminar aquí, hermanos míos? ¿Deberán ser estas mis últimas palabras en este dia? ¡Ah! no, imposible. Hagamos, sí, hagamos antes de concluir y de que para siempre nos separemos de ese sagrado depósito que nuestros mayores nos legaron para estimularnos á la gloria, y

que hoy la patria nos pide para colocarlo al lado de otros no menos estimables para ella en el Panteon nacional, una súplica al Altísimo. Si; elevemos nuestros corazones hácia él, y pidámosle que jamás desaparezcan de ellos los tiernísimos sentimientos que al presente nos animan. Pidámosle por que la fé no nos abandone, ni el desaliento nos aleje á unos de otros, hoy que mas que nunca necesitamos permanecer unidos, para hacer que la nueva era que para la patria se inaugura en nuestros dias, sea fecunda y abundosa en resultados satisfactorios. Supliquémosle que benigno nos asista, para que el amor hácia nuestros semejantes no falte de nuestro espíritu, y afianzados en él evitemos que la pasion nos estravie y esterilice nuestros esfuerzos en pró del bienestar y la dicha de esta nacion siempre noble, siempre heróica, y tan magnánima y grande como desgraciada. Este, este es el mejor tributo de admiracion que rendir debemos á los grandes patricios que animados de tales ideas nos han precedido, y que desde un mundo mejor contemplan nuestros afanes, mientras que á nuestra vez nos es dado, y consumido ya el breve plazo de nuestra triste peregrinacion terrenal, ir á incorporarnos con el Dios tres veces santo, que amoroso nos espera para recompensar nuestros méritos en la celestial Jerusalem de la gloria, única mansion de paz para los buenos.